

Los Milagros de Lourdes

Los Milagros. Esta palabra va vinculada desde las apariciones a Lourdes. Porque en su piscina y recinto brotan hechos maravillosos que no pueden explicarse por el proceso normal y ordinario de las leyes físicas o biológicas. La actitud ante el fenómeno ha sido muy varia.

Unos, la mayoría, ha visto en ese proceso la intervención directa de Dios que, si creó las leyes, bien puede modificarlas en su ritmo y eficiencia. Es el milagro que aquí contemplamos.

Postura diametralmente opuesta la de aquellos que, enconchados en su agnosticismo niegan la existencia del milagro y, para arrancar de cuajo toda posible discusión e investigación, lo atribuyen a priori a un histerismo deformador de los hechos; a una ignorancia que se refugia en lo sobrenatural y hasta a un mercantilismo que busca en la publicidad de lo maravilloso la supervivencia de sus ventajas económicas.

Sin llegar a esos extremos, otros se encogen de hombros y repiten la célebre frase del Secretario de la Academia de Ciencias de Berlín, E. Dubois-Reymond: Ignoramus, ignorabimus. Lo ignoramos y lo ignoraremos.

Y no faltan quienes creen hallar en las mismas ciencias actuales la respuesta cabal a esos hechos que pueden perfectamente enmarcarse en el juego y proceso ordinario de las fuerzas naturales.

Debo, antes de seguir adelante, hacer una pequeña observación. El fenómeno de esa actitud renuente ante el milagro, no es nuevo. La curación del ciego de nacimiento que San Juan narra en su Evangelio, cap. IX, refleja exactamente la misma psicología. Y soñar que los hombres se convertirían si el milagro se hiciera ante una Comisión de sabios o en un Laboratorio, es solución hace veinte siglos propuesta y por el mismo Cristo considerada como muy inadecuada. El rico Epulón pide a Abraham que mande al resucitado Lázaro a la casa de su padre para que sus cinco hermanos no sufran la misma tragedia de la condenación eterna.

Abraham responde que tienen a Moisés y los Profetas. Basta con que los oigan.

No, replica Epulón; sólo si un muerto resucitado se les presenta, harán penitencia.

Inútil, dice Abraham, porque si no creen a Moisés y los Profetas, aunque resucite uno de los muertos, no creerán (Luc. XVI, 19-31).

La historia se repite; la psicología reacciona en muchos de idéntica forma. Una y mil veces se proponen las mismas objeciones, mil veces refutadas.

Objeciones. Entra en el marco de SIC la presentación de esas dificultades, brote de otra idea más profunda que las engendra: la imposibilidad del milagro. Ante los hechos innegables de Lourdes han presentado algunos factores naturales que pueden ser la verdadera causa de esas transformaciones.

1) **EL AGUA.** Todas esas curaciones son efecto de las cualidades terapéuticas del agua que brota en la gruta.

RESPUESTA. a) El agua de la gruta, sometida a numerosos y escrupulosos análisis de laboratorio, no tiene ninguna propiedad medicinal.

b) Las aguas medicinales son especializadas; cada una sirve para enfermedades concretas; o epidérmicas o estomacales o hepáticas... Nunca se ha visto que una sola fuente sirva para todas las enfermedades. Y Lourdes, por el catálogo de los milagros, es la única fuente que influye en todas las enfermedades.

2) **NEUROPATAS.** Ante la ridiculez de la objeción primera, basada en las cualidades terapéuticas del agua, se ha querido buscar la solución en los mismos enfermos; en la exaltación de su Fe; en la sugestión de querer curarse y en la convicción de que curarían.

RESPUESTA. a) Es cosa rara que todos los enfermos que van a Lourdes figuren como histéricos y neurópatas, obsesionados de su salud. Imposible e injusto catalogar a todos los enfermos en esa categoría de neurópatas. Hay tísicos en último grado, enfermos con el mal de Pott, tullidos, sordos y ciegos... Dentro de su enfermedad, muchos conservan su sistema nervioso en tal estado que el anhelo de salud, azuzado por el instinto de conservación, en nada altera el funcionamiento normal del sistema nervioso.

b) Pero aún concediendo que todos los enfermos que llegan a Lourdes sean neurópatas, víctimas de una imaginación sobreexcitada por la sugestión, a fuerza de tantas conversaciones, lecturas... ¿cómo explicar la curación de Justino Bouhohorts, de **18 meses**; y la rectificación de la pierna de Fernando Balin, de **30 meses**; y la desaparición de dos hernias congénitas de Pablo Marcere, de **12 meses**; la recuperación de la vista y el movimiento del parálitico Francisco Pascal de **30 meses**? En estos casos y otros más, ¿habrá intervenido la sugestión, cuando los enfermos, por su corta edad, son incapaces de ella?

c) Si la exaltación síquica por la Fe es la causa de la curación, ¿por qué no se curan con frecuencia los que tienen esa fe y en cambio se curan los que no la tienen? No sé qué exaltación de la Fe sentiría Lucía Fauré que, el 24 de agosto de 1882, no quería sumergirse en la piscina, íntimamente persuadida de la inutilidad de aquel baño y que finalmente accedió para verse libre de las insistencias familiares. Pero de pronto sale curada de la lujación del fémur que la había atormentado durante 28 años.

Ni tampoco se puede explicar qué parte pueda tener esa Fe en ese mendigo ciego, Kersbilch, que, desde Lila ha ido a Lourdes, burlándose de la religión y de la Virgen de los Pirineos, ¡para volver a su casa con las pupilas alumbradas!

d) La objeción de la sugestión y exaltación de la Fe ha recibido un golpe no menos rudo del avance de la ciencia. Porque todos los médicos, sea cual fuere su ideología, reconocen la pobreza de los efectos terapéuticos de la sugestión y sobre todo cuando se trata de casos tan complicados como el cáncer.

3) **FUERZAS DESCONOCIDAS.** No se puede dar una explicación satisfactoria de las curaciones de Lourdes; pero de ahí a afirmar el milagro, dicen algunos, media un abismo. Porque no sabemos ni la calidad ni cantidad de nuevas fuerzas que se ocultan y que, sin embargo actúan en la naturaleza. Nada tendría, por lo tanto, de extraño que alguno de esos factores ignotos produjera con su acción el efecto que nos maravilla.

RESPUESTA. a) Si fuéramos nosotros los católicos quienes diéramos tan peregrina respuesta a los problemas que se nos plantean, sobre nosotros caería una lluvia de dicterios y burlas.

b) Pero lo malo es que contra esa gratuita suposición hay leyes concretas de la naturaleza, basadas en una estricta observación, en diaria experiencia y en incontables estadísticas. Todo ese conjunto con unanimidad absoluta nos afirma, que ninguna llaga se cierra en un minuto; que ninguna epidermis se regenera en un segundo; que ninguna tisis se cura en un instante; que ninguna larga enfermedad se recobra sin larga convalecencia.

Toda esta realidad, todas esas leyes desaparecen; hay que borrarlas de los libros de texto y desterrarlas de las cátedras de Medicina, porque puede ser que fuerzas ocultas e ignoradas inviertan el

proceso de recuperación, prescindiendo del factor TIEMPO. A esos absurdos lleva el sectarismo.

Seriedad de la Oficina de Control. Se ha querido someter a prueba la seriedad de los procedimientos científicos de Lourdes en el examen de los enfermos y en el diagnóstico de los casos.

En la peregrinación Nacional de 1947 entró en la OFICINA MEDICA una mujer gritando como loca: ¡CURADA, ESTOY CURADA!

Poco después llegaba de las piscinas una enfermera excitada: "MILAGRO; YO LA HE VISTO CURARSE EN LA PISCINA".

El Presidente, Dr. Leuret, preguntó a la enferma por su enfermedad y ella respondió lacónicamente: FISTULA ANAL.

Con este dato comenzó el Presidente el interrogatorio de la enfermera; al poco tiempo salía ésta de la oficina cabizbaja y pensativa.

Inmediatamente el Dr. entabla con la enferma el siguiente diálogo:

Doctor.—Señora, tenga la bondad de desvestirse.

Enferma.—No veo la necesidad de ello. ¿O es que mis palabras no bastan para convencerlos?

Doctor.—No bastan, señora. Y en caso de que os resistáis a ello vuestra historia archivada quedará hecha pedazos.

Enferma.—Entonces será imposible la constatación. Francamente, de saber esto no hubiera venido.

Después de algunas vacilaciones, por fin se decidió al examen. Todos los médicos allí presentes opinaron lo mismo. Y el Presidente, con rostro severo, le dijo: "Dispense, señora, pero Ud. nunca ha tenido esa fistula. ¿Qué pretende con mentir así?"

Por fin confesó la verdad. Enviada por una organización antirreligiosa, debía obtener un documento personal, un certificado de la Oficina de Comprobación para probar que la falta de seriedad en el estudio y tramitación de los casos milagrosos de Lourdes les restaban toda base científica.

No ha sido este el único caso. El espíritu humano es muy sutil y trama diversas artimañas para satisfacción de la vanidad personal con la publicación de la Prensa y hasta organizando un recibimiento triunfal en su pueblo a costa de la verdad.

Ni han faltado quienes han pretendido explotar el fingido milagro con intenciones económicas. Tal un joven sordo-

mudo de nacimiento que se decía curado en Lourdes y vendía tarjetas con su firma. Pero pronto en la Oficina de Comprobaciones debió confesar que hacía dos años y gracias a la reeducación de un instituto de sordo-mudos podía hablar.

El caso ZOLA. Hemos aludido a la actitud rebelde del hombre ante el milagro. Pero reclama mención particular un nombre: ZOLA. No voy a hablar de su labor literaria. Confieso que un sentimiento moral anula en mí la emoción de arte que tal vez pudiera provocar su pluma. Es que al leer sus páginas se sobrepone el carácter del hombre que las escribió: sectario, falso, mendaz. La persona humana se exhibe tan contrahecha que inspira desprecio y se infiltra en el campo literario, desdibujando sus páginas.

"Como ésta cure, yo creeré". Así hablaba en la estación de Austerlitz el 19 de agosto de 1892 el novelista Zola. Tenía razón. La enferma que en el tren blanco se embarcaba para Lourdes yacía casi cadáver. Era una joven de unos 30 años, tísica en tercer grado. Todos los hospitales de París la internaron, pues durante cinco años peregrinó del uno al otro. Conocía todos los grandes especialistas y daba cuenta de sus diagnósticos en forma bien pintoresca. "Dicen que tengo un pulmón perdido y el otro casi lo mismo. Cavernas. He enflaquecido; inspiro compasión. Ahora me encuentro siempre bañada en sudor. No puedo expectorar; tan espesa es la flema. Parece que la tos me va a arrancar el corazón. Ya no me tengo de pie ni como". Esta es la señorita María Lebranchu, a quien Zola ha bautizado en su novela "Lourdes" con el nombre de "La Grivotte".

Poco antes que la enferma, había llegado a Lourdes, en el exprés, el novelista Zola. La paciente pidió su inmediata inmersión en la piscina. Vacilan sus acompañantes; su estado es lastimoso. Temen que el choque pueda ser fatal. Pero ante su insistencia todos se rindieron. Sostenida por la espalda, dos camilleros la sumergen en el agua helada. El espasmo es terrible, pero al instante rechaza sus dos camilleros y de pie, entre el pasmo de todos, comienza a cantar el "Ave María". Se la viste y ella, dejando a un lado el carrito de ruedas que se le ofrece, con paso firme camina a la Gruta y allí, de rodillas, ora durante hora y media. Después ella misma se dirige a la Oficina de Comprobaciones Médicas.

Oigamos a su Presidente, el Dr. Boissarie: "Yo llegaba con Zola y ante el Secretario hice entrar a la curada. Señor Zola, le dije, mire aquí curada a la mis-

ma que ayer decíais cadáver. Hacedla auscultar por el que queráis. Dirá lo mismo que yo. No hay intermitencias; la respiración es normal; todo es nuevo y sano en este pulmón, ayer deshecho por la enfermedad".

A los dos años, en 1894, María Lebranchu, se casó para ser la señora de Wimpier y trabajar en el Bon Marché. Sigue su vida sana y normal, como lo atestiguan diversos exámenes y actividades y muere en 1920, a los 63 años de edad y 28 años después del milagro.

¿Cómo reaccionó Zola? Lloró al principio; pero pronto se esfumó su emoción como lo demuestra su novela "Lourdes" al dar la explicación cabal del hecho: **La Grivotte (María Lebranchu), tras una excitación pasajera que hizo creer en su curación, no tardó en recaer con espantosa crisis en el tren de vuelta. Lívida y torturada la cara, vomitando sangre a pleno pulmón, llegó agonizante a París para morir enseguida en el Hospital.**

La falsificación de los hechos era monstruosa. Dos cartas para restablecer la verdad escribió el Dr. Boissarie al sectario Zola. Ambas recibieron la llamada por respuesta.

Ante actitud tan incorrecta, el Dr. Boissarie se trasladó a París y le invitó al Círculo de Luxemburgo, donde se encontraría con la enferma definitivamente curada. El falsario se excusó diciendo: "**Dr., yo he hecho una novela y soy dueño absoluto de mis personajes; puedo hacerles vivir o morir a mi talento. La señora Lebranchu se queja sin razón, pues se halla sana y salva.**"

Sin poder contener su indignación, le respondió el Dr. Boissarie: "**Señor, cuando hay respeto a la verdad, no se presenta una novela de imaginación, como un libro de ciencia y de historia.**"

Pero poco se puede conseguir con almas tan degeneradas que, a ciencia cierta, falsifican hechos tan evidentes. Para aceptar lo sobrenatural, decía Psichari, precisa hacer el alma de cristal que la transforme en permeable a la luz".

Estudiando la historia de Lourdes en sus diversos aspectos se nota la falta de lógica, sinceridad y ciencia de que hacen gala los librepensadores. Ante ellos casi llega uno a admitir la terrible sentencia de Pascal: "Los milagros no sirven para convertir sino para condenar".

Entretanto, Lourdes entra en órbita en su segundo Centenario con incansable empuje y en su primera fase deja la fulgurante estela de otro milagro, el milagro Nº 55.

VICTOR IRIARTE, S. J.